

nos habríamos sonreído con indiferencia, por parecernos la cosa más natural, pero hemos sentido pena al tropezar con ella en la oración de don Rafael Palma, repúblico de altura porque desdice manifiestamente de un hombre de estudio, cuyos juicios no deben sentencias pautadas sobre el parecer de los demás.

Nosotros creemos a carga cerrada todas y cada una de las prescripciones dogmáticas del Catolicismo, pero ello no empece que nos permitamos todo linaje de correrías en cualquiera de los cotos científicos, con más miramientos y menos libertinaje, quizá que los letrados de la acera de enfrente, pero disfrutando sin duda alguna de tanta y aun acaso mayor libertad.

Nunca nos sorprendieron los erróneos conceptos de la plebe, ni nos ofenden sus malévolas insinuaciones, pero nos duele que un Rafael Palma, cuya ilustración es indiscutible, crea divisar sobre la cabeza de todo Católico entregado a la ciencia la espada de Dámocles de la excomunión, cuando la razón demuestra

y la historia confirma cuán íntima haya sido en todo tiempo la relación entre las verdades naturales y los principios de la Fe y tan considerable número de inventos lleven el nombre de sapientes afiliados a nuestra religión.

La simpatía misma que sentimos hacia el Hon. Rafael Palma nos impide lanzarle un reto público, como venimos haciendo con cuantos se permiten el lujo de zaherir a media talla las enseñanzas de nuestro Credo o las prácticas de nuestro culto, pero le agradeceríamos de corazón si tuviera a bien aclarar las "pequeñeces" indicadas o retirarlas, en caso contrario, de su provechosa disertación.

En números sucesivos volveremos a la carga sobre tema tan interesante, para ver de probar el dicho del Doctor Gemelli, Profesor de la Academia científico-literaria de Milán: "Il Cattolicismo permette allo scienziato credente tutte le audacie del pensiero." Nada tiene de exagerada la afirmación, como podrá verlo otro día el lector.

LUIS VARGAS.

EN LA PLAYA

Evocaciones

Huyendo una vez más del ruido de la máquina del mundo, que si es vida desbordante, y pregonera, según dicen, de nuestro aventajado progreso y flameante civilización, a mí me fatiga el espíritu, y no me deja vivir la vida nostálgica y silenciosa del recuerdo, héme venido aquí, a esta peña gris, besada por las ondas de ese mar que de día en día más me atrae, sugestionada y encantada; sin duda tal vez porque de día en día, mis pasos más lentos mis movimientos más tardos, mi cabeza más inclinada, me están recordando aquellos versos del poeta:

Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar a la mar.

Y aquí estoy, en esta piedra, mi atalaya favorita; desde la cual, al vuelo libre de mi imaginación, parece contemplar, como símbolo de una regeneración final, el colosal abrazo, en que se estrechan y confunden, allá a lo lejos, este mundo pequeño donde nos arrastramos y vivimos; y ese otro mundo gigante, inmenso, infinito, en el que giran, rítmicos y esplendentes, ese número sin número de soles, cantando las grandezas del Ser que les dió vida y movimiento, y tras de los cuales el alma, hastiada de las cosas de acá abajo, quiere adivinar el lugar donde toda felicidad tiene su asiento.

Y cuando mis ojos se han embriagado en la contemplación de lo que constituye una de mis más gratas emociones, cual es el ocaso del sol en estas abrilneas tardes; he abierto un libro, para saborear las poesías de

uno de mis predilectos poetas, bañadas de suavidad y dulzura. Pero, bien pronto lo he cerrado, porque las primeras estrofas han hablado a mi alma el lenguaje del pasado: de lo que fué, y ya no volverá a ser más en este mundo; dejándome sumido en honda meditación:

¿Qué flor no se marchita?

.....

¿Qué dichu no se acaba?

¿Qué hora veloz no corre?

¿Qué estrella no se eclipsa?

¿Qué sol nunca se pone?

¿Qué tendrán esas palabras, que así han impresionado mi alma? No lo sé: pero a su conjuro van desfilando ante mi fantasía, confusa y atropelladamente, fechas y escenas, lugares y personas, memorias y recuerdos; y mi mente, vagando a la ventura, sin rumbo ni derrotero fijo, paladea con fruición las melancolías inefables de la poesía, las flores marchitas de que habla el poeta; las dichas que se acaban; las horas felices, felicísimas, que ya pasaron; las estrellas y soles que se eclipsaron y pusieron en el horizonte de mi existencia.

Al fin, fatigada mi imaginación de tanto caminar, queda prisionera y cautiva de un recuerdo, que vive en mí la vida de los grandes recuerdos, de esos que guardamos sagrada y religiosamente en lo más profundo del alma, y que jamás podemos evocar sin sentirnos poseídos de tiernas y misteriosas emociones.

¡El recuerdo del santo, del onomástico de mi adorada madre, que años

hace lo celebra en el cielo rodeada de ángeles, como rodeada de ángeles lo celebró también aquí en la tierra!

¡Oh, el santo de mi madre!... A la evocación de su mágico recuerdo, aún gusto las dulzuras y mieles, las alegrías y placeres purísimos, idílicos, que entonces gustaba; cuando todavía nada sabía de sufrimientos, ni me había visitado el dolor: aún siento correr por todo mi ser una ráfaga, una oleada de vida y entusiasmo: aún palpita mi corazón en esta hora como en aquellos primaverales años de santa, gratísima e inolvidable recordación.

Y en alas del recuerdo me trasladado a aquella casa... a aquel hogar... a aquel nido y santuario, en el que viví los días más felices, y gocé las alegrías más puras de mi vida.

Y solo, en este manso atardecer de Abril, impregnado de la calma y placidez del azul del firmamento y del azul del mar, que está invitando al espíritu a remontarse a las serenas regiones de la poesía y del amor, yo me complazco en evocar con satisfacción infantil, el día del Santo de mi madre; en el que condensamos todos nuestros amores, y todos nuestros afanes y anhelos, y ternuras y delicadezas. Porque ese día fué siempre para los míos, para los del hogar, algo así como es para el cristiano el día grande y solemne del Señor.

Eramos mi padre, aquel varón fuerte que siempre supo, aún en medio de los reveses de la vida, gobernar con serenidad y prudencia el

timón del hogar: mis angelicales hermanitas Carmencita y Concha: la doncella o ama de llaves, aquella buena y sencilla mujer que era como un miembro más de la familia: y yo, tierno adolescente entonces, ajeno a las amarguras que tantas espinas habían de sembrar más tarde en el camino de mi vida.

Ataviados con nuestros vestidos domingueros, porque aquel día era para nosotros como una fiesta de precepto, en la que la más grave y estricta obligación consistía en oír la Santa Misa, íbamos muy de mañana, sonrientes y alegres, al cuarto de mi madre que también estaba ya preparada; y le ofrendábamos con nuestro purísimo ósculo de amor filial, las primicias de nuestra felicitación, que ella recibía gozosa y complacida, para devolvernos a su vez aquel otro ósculo de amor intenso de madre que tanto codiciábamos, y cuyo calor y fuego jamás he vuelto a sentir desde que se fué ella.

En la Capilla de la Soledad, la predilecta de mi madre, asistíamos al Santo Sacrificio, y recibíamos el Pan de Vida, primero nosotros, los niños, los inocentes, cual si fuésemos la ofrenda que a Jesús hacían los padres de mi alma; y detrás, ellos, graves, religiosos, dignos, con toda la cristiana majestad de los varones y damas de antaño. Y todos los corazones fundidos en uno por la llama del divino fuego, saboreábamos las

suaves dulzuras de otra vida mejor, que todos menos yo parecían presentir ya, pues habían muy pronto de volar al cielo.

Y luego, al volver a casa y sentarnos a la mesa para tomar el desayuno; con qué afán, con qué emoción y sobresalto infantiles observábamos la sorpresa que causaban a mi madre los obsequios y presentes que la doncella ponía en sus manos; y que según decía ella, aunque la voz y la sonrisa la delataban, habían traído de fuera mientras asistíamos a misa; pero eran los regalos que mis hermanitas y yo habíamos, hacia días, preparado con interés y solicitud verdaderamente filiales: el pañuelito de seda bordado por Carmencita con paciencia benedictina: la humilde puntilla de palillos que con sus marfileños y diminutos dedos había hecho la pequeña Conchita: la cartulina pintada con profusión de flores y pájaros y adornos, que aprovechando las horas de recreo, había yo preparado en el Colegio de aquellos buenos y sabios Padres, que siempre me han querido como tales.

Seguía después la lectura de aquellas que llamábamos Versos dedicados a Mamá en el día de su Santo; que si nada tenían de arte ni de metro, tenían mucho, muchísimo, de la poesía del corazón, la poesía del amor.

¡Dios felices, horas, inolvidables horas de mi niñez! Yo no puedo describir la belleza y encantos de aque-

llas escenas tiernas y conmovedoras que se desarrollaron en mi hogar con motivo del santo de mi madre. Por eso, en esta tarde de Abril, junto al mar, al conmemorar ¡solo! el aniversario de aquel día tan memorable, cuyo recuerdo me ha perseguido tenaz e insistente toda la mañana, pero como un consuelo y lenitivo de mi soledad; yo me complazco en evocarlas y gustarlas, con la melancólica suavidad que las embellece más y más, y las cubre con un velo de poesía espiritual. Por eso también, al volver a leer la página del libro que tanto me ha impresionado

¿Qué dicha no se acaba?

¿Qué hora veloz no corre?

no he podido menos de exclamar: ¡Ah, sí! pasaron aquellas horas de inocencia y de niñez, que formaron nuestro corazón tierno y sensible, para hacerle sentir y amar, y venerar todo lo que tiene algo de bello y hermoso. Se acabaron y fueron para no volver las dichas y goces purísimos de aquella edad, toda ventura y felicidad.

Pasaron, sí, mas para consuelo y alivio nuestro, vivirá siempre en nuestro corazón su recuerdo: ese recuerdo que además de ser la savia fecundísima que alimenta la planta del espíritu, es también un símbolo consolador, el símbolo del culto del hogar, que es el culto más grande y hermoso, después del de Dios y el de la Patria.

EL SOLITARIO.

ADIVINANZAS

I

¿Quién es aquel caballero,
Urbano, fino y atento,
De aparatoso talento,
Que desafía a la Iglesia;
Y cuando le piden cuentas
Cristianos de buena ley,
Está mudo como un buey
Y na hilvana una respuesta?

II

¿Quién es aquel Rui-Señor
Vestido de anillo y seda
Que alarga su mano lada,
Y la besan los incautos;
Que ha causado más desgracias,
Rompiendo el lazo de unión
Entre Roma y mi Nación
Que cien temblores y baguios?

III

¿Quién es aquel figurín
Que entre dos aguas navega
Y a todo culto se pliega
Para medrar y subir;
Y abre la biblia devoto,
O toma el mandil furioso,

Y en la escuela es un coloso
Y en su casa un arlequín?

IV

¿Quién es aquel volteriano
Que da miel como la abeja,
Y el aguijón clava, y deja
El escozor de la duda;
Y es astuto como zorro,
Más malo que una tronada,
Mandilero de mesnada
Y da más besos que Judas?

V

¿Quién es aquel santurrón
Que invoca a Juno o Mahoma,
Que echa pestes contra Roma
E inciensa a la Independiente;
Que tiene a Dios en los labios
Y a Lutero dentro el pecho,
Y habla siempre con despecho
De toda extranjera gente?

VI

¿Quién es aquel picapuerco,
Que tira a estilo de Zola,
Y al rojo de la amapola

Y al verde del zacatal;

Y con su pluma se gana
La pitanza y nombradía,
Mojándola noche y día
En inmundo lodazal?

VII

¿Quién es aquel ricachón
Que gasta el lujo de Crespo
Y está en el despacho tieso
Y en palacio servicial;
Que se zampó de la mitra
El jugo y toda la molla
Y vació tanto la olla,
Que dejó huesos no más?...

VIII

¿Quién es aquel Heliogábalo
Que se cambió la conciencia,
Y lo que busca es herencia
Y asistir a los convites;
Que habla siempre del menú,
Desdeñoso y comodón,
Remilgado y criticón?...
Lector, acierta y no imites.

P. de ISLA.